

fluencia de las ideas y de las costumbres, tendría como ellas, si las costumbres se purificasen y las ideas volviesen á erguirse, probabilidades de reedificación.

FERMÍN ROZ,
Crítico de teatro.

El materialismo en las costumbres.

Ardua comisión se me ha encargado al rogarme que os hable del materialismo en las costumbres, á la vez que se ha evidenciado excesiva confianza en mí, confianza que me atemoriza no poco; pero me consuelo pensando en la excelente preparación que encontraré en vosotros mismos. Cuando uno puede apoyarse sobre las experiencias personales del auditorio, recurrir á los recuerdos, á los temores y á las esperanzas, no hace falta saberlo todo, ni pensar en todo, pues los oyentes completan el propio pensamiento. Y esto dicho, emprendamos la tarea con corazón sano.

¿Habéis alguna vez salido de vosotros mismos con el vago y penoso sentimiento de haber olvidado algo, sin saber precisamente qué? Tal sentimiento es el tormento secreto de muchos, de casi todos nuestros contemporáneos. Nuestra época, que ha pensado en todo, que todo lo ha pesado, calculado y previsto, y que está tan bien pertrechada y armada para la lucha de la vida, comienza á pregun-

tarse con inquietud dónde está el punto débil de sus medidas y el defecto oculto de su brillante co-
raza. Y cada vez se da más cuenta de que algo le falta, algo de imponderable tal vez, pero sin lo que no puede pasarse, aunque no pueda definirlo.

Un asunto como el de esta conferencia es bastante calificado para llevarnos á examinar este orden de preocupaciones. Al meditar sobre el materialismo en las costumbres, nos pondremos en contacto práctico con *déficits* que hablarán por sí mismos y de los que sacaremos para nuestras conciencias advertimientos saludables. No haremos, pues, metafísica ó filosofía de escuela. Encárguense otros de ese trabajo, y bástenos, desde el comienzo, con señalar un indicio favorable y un feliz cambio de orientación en el pensamiento contemporáneo.

El *materialismo filosófico* ó teórico, tal como se ha presentado siempre, constituía una limitación extraordinaria de la realidad, una pretensión, en otro tiempo seductora, de explicar el universo, partiendo de datos simplistas. Este sistema desmontaba el cosmos como un reloj, y declaraba con serena confianza: «Ya lo véis, esto no es complicado, nada hay desconocido ni misterioso, y el espíritu se resuelve en un mito.» Hoy día, nadie se vanagloria ya, con esta desenvoltura, de haber visto el fondo de las cosas. Nos hallamos muy alejados de la seguridad dogmática de otrora, que procedía por *no* ó por *si*. La prodigiosa riqueza de este universo se nos ha

presentado con tales rasgos de novedad, que se calificaría de insensato al que se lisonjeara de estar de vuelta en su investigación. Más que nunca el misterio nos tienta y nos atrae. Sean los que fueren nuestros ensayos de solución, lo que actualmente entrevemos nos hace pensar que la substancia íntima de que todo está formado, confina más bien con lo espiritual que con ese dominio compacto que se ha convenido en llamar materia.

Más antiguo que el materialismo filosófico ó teórico es el *materialismo práctico*, al cual, por lo demás, sin ser profeta, se le puede predecir que tendrá larga vida, y que, tanto en alza como en baja, sobrevivirá á las filosofías todas. Lo que en nuestros días nos pasma en sus progresos, es el cinismo de sus manifestaciones. Su acción se revela como la de un poder nefasto que se infiltra en las costumbres y las instituciones, y contamina la familia y la ciudad. Estudiarle, preguntarnos en qué consiste, á qué conduce, con qué sanos elementos debemos combatirlo, es el fin de la presente conferencia.

Las expresiones del lenguaje llevan á menudo en sí mismas su justificación, y nos ayudan á volver á encontrar el objeto para el que han sido primeramente creadas. La materia es la substancia pesada é inerte: la *cosa*. El materialismo práctico es *una depreciación de los valores humanos en provecho de las cosas*. La cosa suplanta al hombre, la forma al

fondo, la envoltura al contenido, la letra al significado, lo exterior á lo interior, la fachada á la casa, el frasco al licor, el zapato al pie, la tela al cuadro. lo aparente á la realidad, lo accesorio á la esencia. ¿Por qué repetir esto con tantas imágenes? Para convencernos y asombrarnos por los signos más diversos, y quedar bien advertidos del error fundamental del materialismo. Su grosera mirada sobre el mundo sólo percibe lo que es macizo, resistente al diente ó á la mano, pesable en la balanza, numerable en cifras; pero olvida toda la fineza invisible, toda la belleza interior que penetra, inspira, sostiene la vida y le da precio. Engañarse ó no engañarse sobre los valores humanos, sobre la medida comparativa de las cosas y de los hombres, sobre el lugar respectivo que debemos dar á todo lo que nos atañe y nos concierne, es el grande asunto. Nuestra conducta, nuestro destino, pasado, presente, porvenir, tierra y cielo, todo depende de esto. Y para que sea así, no hay necesidad de haber resuelto de antemano los problemas sobre la substancia primera y sus atributos; basta ser un hombre adaptado á las leyes y á las necesidades de esta vida, cuyo precioso é inexplicable tesoro lleva en sí cada cual.

De los dos órdenes de hechos, el uno visible, el otro invisible, que se entrelazan á través de todas las regiones de la experiencia, que los antiguos llamaban cuerpo y espíritu, que la Biblia ha simbolizado en el limo de la tierra y en el soplo de Dios, el

materialismo no reconoce más que uno: el palpable, el tangible, el limo. En él se confina y en él se complace. Por esto lleva el nombre del objeto que constituye para él la única realidad, como el esclavo llevaba la librea de su dueño. El materialismo práctico es una reducción de todas las cosas humanas al mero elemento corpóreo.

Toda la vida humana reposa sobre un cálculo, que cada uno hace por su cuenta y á su manera. Todos nosotros somos contadores. Sin saberlo, á todas horas, apreciamos valores y hacemos balances. Cuando nuestra razón y nuestra conciencia están normalmente asistidas, tenemos una visión clara de las cosas y hacemos pasar por primero lo que debe ser estimado como primero. Así, un buen contador coloca las centenas antes que las decenas y las decenas antes que las unidades. Empero una vez confundidas las ideas, desorganizada la conciencia y mal orientada la razón, somos perfectamente capaces de poner las unidades en el primer lugar y los millares en el último. ¡Y qué cálculos hacemos entonces! Mucho me temo que hayamos organizado nuestra vida como antaño un señor de Bouxwiller había organizado su ejército. Este señor puso en cuadro á la cabeza de sus tropas al hombre más alto y más grueso, empenachándole de generalísimo. Los más gallardos, que venían después, se vieron proclamados oficiales, por suponérseles ligereza y soltura. Los simples soldados eran los

más pequeños. ¿Quién, sin embargo, ignora que el más chico de cuerpo es á veces el más espiritual, y que un alma mezquina puede corresponder á una gran amplitud corpórea? Un ejército serio no respondería á organización semejante. Y hay que notar, además, la diferencia. En el antiguo señorío de Bouxwiller, que no era más que una sombra de señorío, el señor podía sin inconveniente pagarse de esta fantasía un poco obtusa, pues sabía bien que no hacía más que *jugar á los soldados*. Pero la vida no es un juego. Si la organizamos de tal suerte que los intereses más groseros y más aparentes pesen más en la balanza, corremos inminente riesgo de dar el mando de nuestras fuerzas al menos digno de mandarlas y de reducir á servidumbre al que debe marchar en el primer rango. Tendremos el reinado de la apariencia, de la brutalidad, de la fuerza material, de los apetitos materiales, de los intereses materiales representados por el dinero, y *la bestia conducirá al hombre*.

Pero no anticipemos. Tomemos al acaso una de nuestras grandes avenidas, donde veamos caminar y producirse en sus creaciones el materialismo práctico. Aquí se manifiesta admirablemente lo que yo llamaría *el reinado de la apariencia*. Si despreciáis y negáis el fondo en los negocios humanos, quedará la figura, el gesto, ó lo que es más grave quizá, *la máscara*. Parecer: ¡cuántas gentes no se cuidan más que de esto! Parecer rico, joven, bello, sabio, hon-

rado, poderoso, enérgico, piadoso. Si estáis sujetos á un reinado de apariencia, os esmeraréis, según vuestro caso especial, en sostener la apariencia que sea de vuestro gusto.

No me acuséis de desdeñar la apariencia. Puesto que las realidades no se revelan sino por señales exteriores, la apariencia está lejos de ser una cantidad despreciable. El cuidado de la apariencia es un cuidado justificadísimo, y por todas partes resalta. La naturaleza, Dios mismo, que penetra y anima esta gran naturaleza, nos dan el sentido de la apariencia y nos enseñan á respetarla. La forma no es vana y el que la desdeña no sabe lo que hace. ¡Qué genio de la forma no se despliega en las creaciones divinas, que son lecciones para las creaciones humanas! Pero en ellas siempre la forma está subordinada al fondo que reviste y traduce, sirviendo la apariencia á la realidad. La envoltura se estremece bajo el renuevo de la realidad interior y hace resplandecer su belleza invisible. Cuando, al contrario, se hace abstracción del fondo, de todo lo que no se ve, se hace abstracción precisamente de lo que hay de más real en las realidades y en la vida humana. Para el hombre, en particular, el núcleo moral es la fuente de toda cosa: en ti, en vosotros, en mí, es donde todo lo que nos concierne comienza y germina. El mismo mundo exterior que se refleja en nosotros tiene por medida nuestro propio espíritu. Tal hombre eres, tal universo refle-

jas. Y de nuestro fondo propio ó impropio vienen también todas las manifestaciones de nuestra acción exterior.

Nuestros actos más prodigiosos en la superficie se refieren en nosotros á pequenísimos comienzos, que son como su fermento microscópico é inicial. Los más grandes resultados son el producto de minúsculos factores. La superficie, después de todo, es una abstracción. La apariencia no tiene más realidad ni más valor que los que le confiere el fondo. Ahora bien: hemos llegado á realizar el milagro de querer y poder parecer lo que no somos y caer en este lazo por nosotros mismos preparado y puesto. Cuando este cuidado de la apariencia se extiende á través de toda una serie de individuos, á través de la vida familiar y pública, equivale al engaño de todos por todos, á una organización de mentiras y de hipocresía en que cada uno, á fin de poder contar con el prójimo, se cree obligado á decir muy bajo que otros podrían ser honrados cuando él mismo se contenta con parecerlo. Pero, ¿no veis el peligro individual y social que trae consigo el vivir sobre esta vacilante hipótesis, construir allí nuestro albergue y confiarle nuestro destino?

He vivido lo bastante para ver el peligro de este formalismo moral amamantado, por un materialismo espantable, en una variedad mortal é inmensa; he vivido lo bastante para ver lo que de ello resulta en los días de gran vencimiento, cuando se trata

de tener dinero contante y valores seguros. Entonces nadie se fía de valores fiduciarios que no son garantizados por ninguna propiedad, de palabras y demostraciones que no son más que engaños. Lo que vivimos es la substancia y no la forma, el azúcar y la sangre de la realidad, lo que hay en nosotros de más interior y profundo. No podemos vivir de la apariencia. Si carecéis de sinceridad con vosotros mismos ó vuestros semejantes en lo que concierne á vuestra conducta, vuestras convicciones ó vuestras creencias, y no tenéis el valor de exponer vuestra situación con claridad, temed por vuestro porvenir próximo. Acaso pareceréis fuertes en circunstancias en que hubiera sido vuestra salvación parecer débiles, temblorosos y modestos ante los hombres y ante Dios. Pero vendrá un día en que no se os preguntará lo que parecéis, sino lo que sois, y este día no está en las nubes de la lejanía, no está lejano, sino cercano.

Schiller ha dicho que la historia del mundo es el juicio del mundo. *Die Weltgeschichte ist das Weltgericht*. Sin querer disminuir en nada la creencia en un juicio eterno, en que todo será pesado en una balanza incorruptible, nos vemos obligados á declarar que ese juicio comienza aquí, cumpliéndose bajo nuestros ojos y en nuestros corazones como una manifestación de la justicia inmanente, á la cual nada escapa: ni individuos, ni instituciones, ni medios. Ese juicio aparece entre los elementos de

que está formada nuestra vida mortal, y vendrá á vosotros como un ladrón en la noche. Y os encontraréis ante vosotros mismos, ante vuestra mentira y vuestra máscara, y os encontraréis pobres, despojados de todo, y moriréis de hambre, y gritaréis en la noche para evocar algo real, como el mal rico del Evangelio pedía una gota de agua para apagar su sed.

Se ha hablado mucho en nuestros días del arte para todos. Temo que el arte de parecer haya adelantado á los demás en su difusión rápida y malsana. Salvar las apariencias y echar polvo á los ojos, es maestría de carácter casi universal. Sus resultados se tocan en la vida familiar, en el orden político y en el mundo religioso. A cada instante se hacen socavamientos formidables, todos los cuales se reducen al arte engañoso de salvar las apariencias. ¡Parecer! ¡A qué vértigos insensatos conduce esta preocupación si llega á absorberlo todo! ¡Y qué bien se comprenden las catástrofes que de ello resultan en nuestras sociedades! Durante años y años pasamos confiados por delante de paredes pintadas, que porque tienen el color del hierro y del granito, tomamos por muros construídos para la eternidad, cuando no son más que tabiques de cartón ó decoraciones de teatro, tras de las cuales se representa una comedia, esperando que la tragedia comience.

Otro carácter del materialismo práctico, en que

también aparece la depreciación del hombre en provecho de las cosas, es el *dejar ir*. El materialismo tiene por característica el poner el hecho exterior por encima del hecho interior, las circunstancias por encima de la voluntad. Hémonos convertido, desde este aspecto, en *cosistas*, esclavos de las condiciones, de las ocasiones y hasta del acaso. El dejar ir es un régimen en que el poder depende de los acontecimientos, y la voluntad humana del viento que sopla, como la veleta que se mueve, la caña que se doblega, ó la hoja que el huracán arrastra. La imagen es *ad libitum*, el sentido es el mismo: el hombre esclavo del imperio de las condiciones. Pudiera, cierto, justificarse este abandono de nosotros mismos por una declaración fatalista. Pero si el fatalismo es verdadero, lo ha sido siempre, y entonces ¿cómo explicar el hermoso reinado de la energía tal como la han conocido individuos y épocas enteras, sin excluir la en que vivimos?

La razón del dejar ir está en un rebajamiento interior, del que surgen todas las abdicaciones. En nosotros, y no en las condiciones exteriores, está el gobierno ó la servidumbre. Cuando poseemos ciertos objetos nos sentimos dichosos, valerosos y viriles; hacemos frente á los elementos; pero esos objetos nos son indispensables. Guardáos muy mucho de hacer depender toda vuestra vida del placer de las cosas y de la sonrisa de la suerte. Un hom-

bre que organice así su vida, puede creerse en plena seguridad, pero de súbito se abre la puerta y el cartero le entrega una misiva que le informa de una gran desgracia. En el espacio de un minuto todo acabó para él: forastero en su casa, siente que no existe, que carece de valor y de fuerza. ¡Vida miserable aquella cuyo secreto no está en nosotros y cuya llave se encuentre en manos del primer curso de fatalidades advenidas! El hombre no puede vivir así sin decaer. La verdadera vida es un metal y el hombre su forjador. A cada instante hay lucha y esfuerzo. *Con el sudor de tu rostro comerás el pan*, dice la Biblia. Todos los días, el hombre, como el soldado, disputa paso á paso el terreno, teniendo que levantarse al toque de diana, sentir sin cesar el valor de ser lo que es, afirmarse de continuo, conservar sus posiciones, y por la noche dormir sobre el campo mismo de batalla. Constantemente estamos batidos en brecha por fuerzas exteriores que no tienen el derecho de reinar sobre nosotros. ¡Y se pretende que bajemos el pabellón ante lo que no es inevitable! He aquí lo que se llama el dejar ir. El dejar ir es el enemigo de los enemigos, que convierte al hombre en un perpetuo prófugo.

Ser felices cuando un rayo de sol nos lo permite, y desgraciados cuando el sol se oculta; ser honrados mientras nuestra honradez no sufre rudas pruebas, y perder esta honradez como un vestido de mal tinte pierde su color bajo la acción de la intempe-

rie; ser valientes hoy, pusilánimes mañana; conocer, sin intentar resistencia, el atractivo del deseo y la amenaza del dolor; flotar al impulso de las influencias, de la pasión, de una caricia ó de una cólera; seguir el curso, la pendiente, el capricho, el número, y no ser persona; haber olvidado que uno es uno y no otro: he aquí la decadencia fundamental. ¡El dejar ir! ¡Pero si un hombre no existe sino porque se mantiene, se afirma y se mide con la resistencia exterior! El dejar ir es la plaga de nuestra sociedad, tanto en los niños como en los adultos. Nos hemos dejado imponer por el poder de las cosas exteriores, ese poder que negaban en su hermosa nobleza los antiguos estoicos, y que con ellos el Evangelio ha siempre negado. Nos hemos dejado imprimir en el alma la negación de nuestra libertad, y semejante al presidiario, el hombre camina llevando sobre sus espaldas *las marcas de su servidumbre*.

Nuevo producto del materialismo práctico es la desaparición gradual de la poesía, sobre todo la poesía que existe en las realidades habituales y camina cerca de nosotros á través de los detalles ordinarios de la existencia, poniendo su encanto en la vida familiar, animando con su gracia las costumbres, esparciendo sus rayos diáfanos sobre las arideces demasiado duras y los aspectos demasiado crudos.

El realismo ha surgido como surge un buey en

la montaña. He aquí los pastos, las flores, las perfumadas hierbas. He aquí todo lo que el sol ha destilado de sutil en el fondo de los cálices. El buey pasta y digiere. Todo, para él, es forraje. ¿Qué le importa que en el forraje se oculte la miel? Para encontrarla, es preciso la abeja. La poesía es la miel sutil de las cosas y el alma su abeja. Nadie definirá nunca la poesía, como nadie ha definido nunca el alma. Pero la humanidad tiene necesidad de ellas, y hacia ellas va con todas las aspiraciones nativas, con todas las potencias que ha recibido del fondo inagotable de las creaciones, y que se nutren de presentimientos de belleza, de invisible y de infinito. Suprimid este no sé qué, tratado por el realismo de humo é ilusión, y la existencia pierde su sabor, la juventud su suavidad, el amor su misterio, la flor su perfume. He intentado caracterizar esta calamidad en un capítulo de mi libro *Ce qu'il faudra toujours*, publicado en París en la fecha reciente de 1912. He aquí lo que digo:

«Cada cual, testigo de efectos que experimenta sin penetrar sus causas, ha podido preguntarse, ante ciertos aspectos desflorados de las cosas, por qué el encanto huyó de ellas. Hay un trabajo sin alegría, un placer sin risa, una religión sin alma, una virtud sin gracia, una juventud sin suavidad, un amor sin misterio, un arte sin irradiación: ¿por qué? Su perfume se ha evaporado, y este perfume es la poesía íntima que se mezcla con los actos, con

los sentimientos, con todo el ser y toda la existencia, como un principio vivificante. Jamás sabremos completamente lo que tal poesía es. Nuestros dedos son demasiado groseros para sus alas delicadas; tocarla, es magullarla. Pero basta que falte en algo para que experimentemos que falta en este algo lo esencial. De ello, á lo que me parece, hacemos á diario una desoladora comprobación. El realismo no merece nombre de tal. Nos engañamos miserablemente cuando pensamos que es él quien nos proporciona más bienes positivos. El realismo declara no existente lo que no se puede tomar con las manos, coger con los dientes, llevar sobre el cuerpo; y admite en la categoría de lo real lo que consiste en un razonamiento, se establece por una demostración, se sostiene sobre una prueba, como una estatua sobre un pedestal. Todo lo que no es una mercancía, ni un valor registrado, ni un hecho concreto demostrable, es nulo. El utilitarismo y la lógica: he aquí los comprobadores á que confía la caja á fin de estar bien cierto de no encerrar en ella un no valor. La poesía nada significa á sus ojos y la tratan de inutilidad.»

«Pero la humanidad se parece á las niñas que necesitan una muñeca y se entusiasman con los relatos de cuentos. Esto no es una chiquillada, sino el correctivo indispensable de nuestra sabiduría miope. Su instinto profundo y su amor á la vida la conducen hacia las fuentes en que se beben el jú-

bilo, la alegría y la esperanza. Lo que se llama inútil es casi como el aire que se respira. Por mucho tiempo se ha dudado de la existencia y de la función del aire, por no ser éste bastante visible ni bastante compacto para caer bajo los sentidos. A la verdad, nadie se alimenta de aire ó de sol. Pero, si faltan, pronto nos damos cuenta de que falta lo principal. Suprimid la poesía de la vida de los hombres, y no tardaréis en tener ante vosotros fenómenos de atonía, de anemia, de intoxicación, de inanición. La poesía confiere su valor verdadero á todo lo que existe. Quitadla, y sólo queda una cuerda que ya no vibra.»

«El realismo hace este milagro, sutilizando las realidades. En su régimen, no sólo caen nuestras alas, sino que nuestro calor interior desciende, nuestros cantos se ahogan, nuestros colores se desvanecen, nuestros músculos se anquilosan. Todo el árbol de la vida presenta fenómenos mórbidos. El *oidium* aparece sobre las hojas, y hongos comen las raíces. El realismo es la mutilación sistemática de la humanidad. Perdidos en sus llanuras, empezamos á comprender lo que la montaña tiene de bueno, y sentimos que se nos impone un cambio de aire.»

«Siempre serán necesarias la poesía y la belleza. ¿Para qué, si no, tendríamos oídos y ojos? La lección del universo, ¿nada nos dice? Si el universo fuera esa mecánica que el realismo beocio afecta ver en él

exclusivamente, ¿por qué sería bella la flor? ¿Por qué las estrellas de oro constelarían la noche? ¿Por qué los bucles sobre las cabezas de los niños? ¿Por qué la gracia difundida por toda la creación? ¿Por qué esos hechizos de luz que son los soles que se levantan y esas sonrisas que son los soles que se ponen? ¿Por qué el dolor mismo parecería revestido de gracia y la muerte revestida de majestad? ¡La poesía! Todo el inaudito drama, cuyos actores son los seres y cuyo escenario es el mundo, constituye un desmesurado poema. No hay una gota temblorosa á los rayos de la mañana, ni un ruido solitario del bosque, que no tengan su papel allí. Los grillos cantan bajo la hierba, las alondras en las nubes, los árboles sobre la montaña, las olas contra la ribera, las hojas muertas en la tempestad, el pasado en nuestros recuerdos y la esperanza en nuestros corazones.»

«Herrero, si no pones poesía en tu fragua, ésta no será más que un antro negro; pero si la pones, tu yunque cantará bajo el martillo y tu fuego esparcirá claridades de aurora. Maestro, si no pones poesía en tu escuela, ésta no será más que una prisión para los niños, y tú serás el pedante enojoso, destructor de alas y estrangulador de sueños. Labrador, si no pones poesía en tus surcos, éstos se volverán infecundos y dejarás de amar la tierra, que morirá por tu abandono. Soldado, si no comprendes la poesía de tu bandera, no serás más que un mer-